

Sobre los Planes de Protección de los Centros Históricos

JORGE BENÍTEZ CASTRO

SUMARIO

1. El concepto de Centro Histórico
2. La diversidad como atractivo
3. La diversidad temporal
4. La inexorable renovación

1. EL CONCEPTO DE CENTRO HISTÓRICO

Muchas de las ciudades que han tenido un importante desarrollo urbano en las últimas décadas, aunque con anterioridad aplicaran la denominación de zona monumental o histórico-artística a ciertos perímetros, que nunca sobrepasaban la condición de pequeños barrios, han empezado a nombrar recientemente como "centro histórico", "casco antiguo", "ciudad vieja", o de cualquier otra forma todavía algo incierta, el conjunto de lo que hasta finales de los años cincuenta constituía prácticamente toda la ciudad.

En algunos casos la nueva designación no es sino consecuencia de éste último y brutal cambio de escala que lleva, consecuentemente con la enorme ampliación que sufre el perímetro de lo

urbano reciente, a ampliar asimismo el perímetro correspondiente a lo "histórico" o lo "antiguo".

En otros, el contorno de la ciudad que llega hasta la década de los cincuenta prácticamente coincide con los límites de un larguísimo proceso de evolución urbana y donde, por tanto, los calificativos de "histórico" o "antiguo" no resultan novedosos, aunque sí los de "centro" o "casco".

En cualquier caso, es a partir de la consolidación de este último y gigantesco desarrollo urbano que, no pocas veces, triplica o quintuplica el tamaño de la ciudad hasta entonces existente, cuando se dibuja con nitidez, por puro antagonismo con esa nueva ciudad aparecida, el contorno de una "ciudad anterior", completa, suficientemente contrastada y fácilmente identificable.

Es a esa "ciudad anterior", a ese trozo singular de la ciudad actual, con independencia de su cualificación arquitectónica o monumental, de su significación y peso, a la que se refieren estas notas.

En época reciente, y a resultas de lo anterior, se ha extendido en buen parte de la sociedad el anhelo de querer poner a salvo las señas de identidad de las ciudades, a las que se ve, si no perdidas, peligrar. Considerándose que son los cen-

tros históricos el lugar por excelencia donde radica esta identidad, se han tramitado, en los últimos años, cantidades ingentes de ordenanzas y numerosos planes urbanísticos, con la intención expresa de proteger esa "ciudad anterior" de la voracidad del proceso de desarrollo urbano actual, o simplemente del abandono y decadencia de su propia dinámica; casi siempre en términos que daban por sabido el profundo significado y el sutil encanto objeto de la protección.

Aspiran estas notas a señalar donde radica el íntimo atractivo de ese trozo de ciudad que a todos nos resulta querido y entrañable, a entrever de donde cuelga verdaderamente la nostalgia que así nos conmueve.

Sólo así, desde el conocimiento de la recóndita capacidad de seducción de la ciudad histórica, de su secreto mecanismo para embelesarnos, podremos entender el significado de los vientos que corren, el verdadero peligro que las amenaza, y, consecuentemente, proyectar la mejor estrategia para su auténtica supervivencia.

2. LA DIVERSIDAD COMO ATRACTIVO

El atractivo de lo urbano radica en su diversidad. Nada tan atractivo para el hombre como el reflejo de su condición humana, y ningún reflejo mejor que el variopinto mosaico de objetos, situaciones y sucesos que han hecho de la ciudad la obra del hombre por antonomasia.

La diversidad de lo urbano, la verdadera y sustancial diversidad, reflejo de la infinita combinatoria de la vida, no sólo es placentera o atractiva sino que siempre resulta didáctica y reveladora.

La acumulación, que a menudo se produce en los centros históricos, de edificios y ámbitos de toda suerte y condición, destinados a usos que abarcan un amplísimo abanico de actividades, correspondientes a economías que recorren de cabo a rabo todo el espectro social, y llevados a situaciones de conser-

vación tan dispares por el tiempo y el empeño, constituye, sin duda, la raíz de su profundo atractivo. Pero es, sobre todo, la evidencia de esa profunda diversidad, puesta de manifiesto por la abrumadora contigüidad que se produce en la ciudad histórica, lo que activa y subraya ese atractivo primordial.

Frente a ese variopinto mosaico de la ciudad histórica, la ciudad reciente, la construida en apenas cuatro décadas, resulta inexorablemente monótona. Con independencia de su diseño su mayor escala conlleva, la mayoría de las veces, una mayor segregación espacial de los usos, de los tipos, de las rentas. Segregaciones que se traducen en monotonías que sólo se diluyen in cuando la red viaria funciona adecuadamente, a la velocidad del automóvil.

De otro lado, el corto camino recorrido por esta nueva ciudad, hace que se mantenga todavía vigente la tremenda similitud del origen común, sin desplegar el inmenso abanico de variantes que el puro transcurrir produce, sin que se evidencien aun los enormes desfases que las carreras de fondo inexorablemente originan.

Así pues, ese apiñado y vibrante conjunto de obras, de edificios, y despojos de tan diferentes usos, tipos, épocas, economías y empeño, hace de la ciudad histórica un universo diminuto, un escenario fascinante de la vida donde a cada paso, en cierto modo, se asoman todas las esperanzas, ambiciones, ruinas y desengaños de los hombres.

Por encima de cuestiones funcionales de indudable importancia, es, sin duda, esa diversidad palpable, sustancial, el principal atractivo de esos trozos de ciudad que hemos empezado a añorar.

3. LA DIVERSIDAD TEMPORAL

De todas las diversidades que alberga la ciudad histórica ninguna tan va-

liosa y conmovedora como la temporal. No en vano nada fascina, embelesa y preocupa al hombre tanto como el paso del tiempo.

Así como buena parte del atractivo de la naturaleza y del paisaje es su carácter "histórico", su condición de archivo, su capacidad de acumular y registrar el paso del tiempo, el atractivo de la ciudad radica en esa misma capacidad, surge de esa idéntica condición.

Así como la lisura de los cantos rodados, o el dibujo de los estratos del terreno, escorado en el desmonte de una nueva variante, o lo salobre del mar nos habla de un tiempo geológico, desolado y conmovedor; asimismo los viejos restos romanos aparecidos en las excavaciones de los nuevos edificios, o los retablos y bóvedas barrocas montados sobre los absides y artesonados de las viejas iglesias fernandinas, (cuyos campanarios, a su vez, se alzaron sobre los antiguos alminares), todo eso, con independencia de su cualificación arquitectónica, nos habla del paso del tiempo y por eso precisamente nos cautiva.

Resulta obvio decir que la ciudad histórica se configura fundamentalmente como antagónica frente a la nueva ciudad, construida en apenas cuarenta años, por su mucho más dilatado registro del paso del tiempo. Frente a ella, la ciudad reciente trasluce una inevitable monotonía temporal que empobrece una escena urbana frecuentemente agobiada ya por otras muchas monotonías.

No resulta tan obvio, y conviene por tanto explicarlo, que el atractivo de la ciudad histórica no le viene tanto por su antigüedad, como por la diversidad, amplitud y elocuencia de sus registros temporales.

Así pues, frente a la siempre sugerente y cautivadora diversidad temporal de las ciudades que han surcado, dejándose marcar, por épocas distintas, siempre resultan monótonas las ciudades históricas de un solo registro.

Estas ciudades, que a menudo tienen una particularísima historia, poco recomendable, que corta su natural evolución, pueden ser: Bien ciudades arruinadas, que nunca volvieron a reconstruirse; osamentas, como Pompeya o Medina Azahara, que quedan sobre el paisaje, donde el abandono y la desolación son la sustancia de su mágica esencia; o bien ciudades "muy bien conservadas" usualmente de pequeña dimensión, escenario habitual de las películas de época, y donde reina la más demolidora monotonía histórica.

Estos pobres centros históricos, de un solo registro y de indudable interés para estudiosos de la época en cuestión, y no digamos nada para los recientes tour-operadores, están condenados, por no haberse decidido a tiempo y ahora es demasiado tarde, a viajar eternamente vestidos de alta o baja edad media, sin poder disfrutar ellos mismos, tan "históricos", del más jugoso fruto del paso del tiempo: ser elocuente y complejo escenario del propio devenir, del divertido y fascinante juego de la permanencia por la renovación.

Resulta, en cualquier caso, útil reflexionar sobre el atractivo indudable que ejercen sobre nosotros los edificios, y objetos en general, supervivientes de otras épocas, mayor cuanto más remotos. ¿Qué los hace tan evocadores?

Puede ser que lo que nos asombra, lo que veneramos, lo que nos encandila, sea precisamente que hayan sobrevivido, que hayan cruzado el ancho vado del tiempo, que hayan llegado, mutilados o no, hasta nosotros. No se interroga a nadie que ha hecho tan largo recorrido, no se le exige nada. Llegar ya fue bastante; fue, es, lo esencial.

Quizás por eso cualquier edificio que sobrevive lo bastante y que adquiere por derecho la condición de "histórico", se le regala la de "artístico", conformándose así la curiosamente repetida calificación dual de "edificio histórico-artístico".

No conozco edificios "suficientemente" antiguos sobre los que se haya hecho crítica alguna, simplemente porque no es posible. Su triunfo de "existir" se ha vuelto absoluto. Su éxito es total. El tiempo, por así decirlo, va depurando su forma a nuestros ojos, los hace más y más originales. No es posible la crítica pues ya no existen quienes fueron sus mudos detractores: sus contemporáneos. Conforme se van adentrando en el tiempo, cada vez más solos, crecen injustamente de tamaño. Hasta que, al fin, el último superviviente queda dueño de toda su época.

4. LA INEXORABLE RENOVACIÓN

Las ciudades que han sobrevivido a los cambios, de todo tipo, al tiempo en definitiva, han tenido que adaptarse y readaptarse tantas veces como vaivenes dio su propia historia, y esa capacidad, manifestada en su compleja diversidad, es hoy su principal cualificación.

La mayoría de las veces la ciudad histórica ha utilizado la misma fórmula para sobrevivir: mantener como señas de identidad, con independencia de la tenaz pervivencia de la geografía y de la traza, un cierto número de edificaciones, vestigios y ámbitos, grave y hermosamente mutilados y preservados por el azar de los dioses (y en algún caso por la tenacidad de los hombres). Todo ello entrelazado por un diverso aglomerado de edificaciones, de mucha o poca fortuna, que se renueva sin cesar, y de donde el tiempo expurga aquellos que pasaran a engrosar el renovado catálogo de las futuras "señas de identidad".

Cada época, sin duda, supuso para la ciudad histórica una oportunidad para reedificarse y sobrevivir, al tiempo que una amenaza para su identidad anterior.

En la época actual la ciudad histórica se enfrenta, en no pocas ocasiones, a un nuevo cambio de condición de enorme envergadura y que trasciende la re-

adaptación inherente a los nuevos modos o tecnologías: Se trata del cambio de su condición de "ciudad total" por la de "trozo de ciudad", con la consiguiente deriva a la especialización que esta nueva realidad implica.

El enorme desarrollo urbano reciente hace aparecer a la ciudad histórica, que fue prácticamente hasta los años cincuenta "toda la ciudad", como un nuevo "trozo" en el interior de un aglomerado mucho más extenso. Este repentino cambio de escala implica obviamente la reasignación de funciones en el nuevo ámbito global y, consecuentemente, la asignación al centro histórico de un abanico más restringido de usos, a menudo excesivamente restringido, y en el último y más lamentable estadio restringido a su propia "historicidad".

Resulta vital para la ciudad histórica mantener la entidad de "micro-ciudad" dentro de la ciudad global, luchar por su carácter de "ciudad" frente al calificativo de "centro" que se le viene encima.

Ningún ataque más frontal que asignarle un "rol" en el escenario de la nueva ciudad. Ningún ataque más perverso y definitivo que especializarla. El hacerlo sería arremeter contra su propia esencia: ser ciudad global: ser el universo diminuto.

No está en discusión, hoy en día, el mantenimiento de ese conjunto de edificaciones o vestigios que han cruzado la misteriosa línea que los hace "históricos". Por el contrario, si está de actualidad el debate sobre si mantener, o no, ese caserío anónimo y mayoritario, ya empolvado por el tiempo, pero que aún no ha cruzado la línea que lo pondría definitivamente a salvo.

De un lado, cada día más, se extiende la opinión de que es en estas edificaciones anónimas donde radican las más verdaderas señas de identidad. Que de este caserío, numeroso y dispar, es de donde salen las fragancias más sutiles de la vieja ciudad.

De otro lado, su enorme deterioro, junto a su dificultosa y costosa adecuación funcional, imponen la renovación de buena parte de ese mismo caserío que se quiere preservar.

Esta esquizofrenia ha dado lugar en los últimos años a un desenfreno de ordenanzas y planimetrías que no han podido retener, obviamente, ni el inolvidable claroscuro de los zaguanes, ni aquel frescor del viejo ladrillo recién fregado.

Evidentemente, ese hábito de la vieja ciudad que cree reconocerse entre el caserío, ese mágico asomo de la intimidad, ese vislumbre de lo doméstico, que posiblemente constituye el más verdadero latido de nuestras ciudades del sur, no puede atraparse en una Ordenanza que la mayoría de las veces, yo diría que todas, es un cedazo por el que se escapan todas aquellas fragancias y donde solo se recogen absurdos cascarones desprovistos de aroma y, a menudo, de arquitectura.

De otro lado, no pocas veces, esos mismos planes, con su consiguiente aluvión de ordenanzas, que vienen a "proteger" nuestros centros históricos de la amenazante voracidad urbanística circundante, son como una sobre dosis de tranquilizantes suministrada a un enfermo con problemas respiratorios.

Quizás fuese más útil y didáctico, en estos casos, empezar a concebirlos y nombrarlos no como planes de protección, sino de renovación.

En cualquier caso, conviene no olvidar que el origen de las Ordenanzas, absolutamente necesarias y necesitadas de una cura de adelgazamiento, está en el ánimo de proteger los derechos de unos frente a las acciones de los otros. Ese espíritu, y no otro, fue el marco donde se desarrollaron las ciudades que ahora tanto nos cautivan.

Indudablemente la mayor complejidad del mundo actual exige análogamente una más compleja normativa,

pero nunca debiera colarse por ese porfido el intento de regular lo que nunca debiera regularse: todo.

El hacerlo, es poner coto a la diversidad de posibilidades que podría surgir de la inmensa casuística que habita en la ciudad histórica; reducir inexorablemente las soluciones al estrecho abanico previsto por la ordenanza mejor intencionada; empobrecer consecuentemente la ciudad; sin, por supuesto, impedir los imaginarios y temidos sacrilegios.

Podría aducirse al fin, y de hecho se aduce, que las diferentes épocas históricas por las que atraviesa la ciudad debieran sedimentarse en "ciudades contiguas", que se respetaran mutuamente sin fagocitarse unas a otras. Debería ser por tanto, en consonancia con esta idea y aunque con un cierto retraso, dar por cerrado el ciclo de la ciudad histórica, tal como ha llegado a nuestros días, y aplicar una política de estricta conservación.

Nada más ajeno a la condición humana y urbana que esa pretensión y, consecuentemente, nada más inhumano e imposible. Sería como pretender, estando vivo, mantener el rostro inalterable, olvidando que el tiempo sólo puede avanzar triturando concienzudamente el pasado.

La ciudad debe viajar, y sólo las ciudades que viajan por el tiempo merecen ser tenidas por tales y son digno escenario a la vida de los hombres.

Es lícito y deseable que las ciudades quieran preservar sus señas de identidad de la rapiña de unos o de la destructiva ignorancia de otros. Pero si se piensa, sin más, que mientras más edificaciones se protejan más identidad se salva, y que todo lo que sustituya será para peor, olvidando que los buenos edificios de hoy pueden ser las señas de identidad de mañana, conviene recordar entonces que sólo renovándose es posible sobrevivir; y que sólo hay una manera de detener el tiempo: muriéndose.